

HABLEMOS del hombre, porque en Godoy hay paisaje: unos espejuelos de farol antiguo, sostenidos en una nariz tropical, una selva de cabellos que parecen robados a la fruta del maíz; agregad dos piernas muy largas en que se encaja el tronco y habréis formado a Armando Godoy.

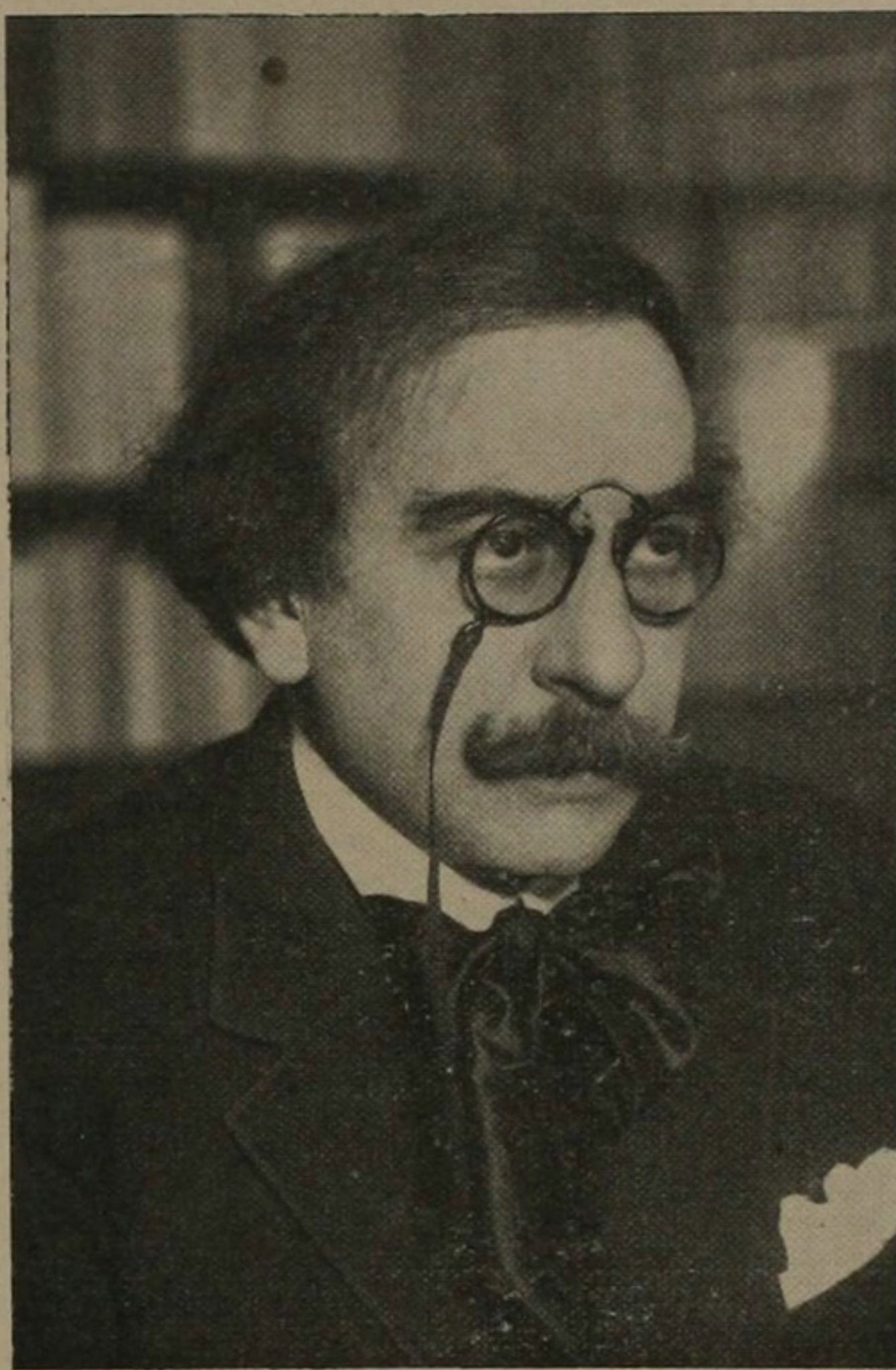
¿De su vida privada? Godoy hizo banca, tuvo éxito, el talento puede tener muchas irradiaciones, y con ello consiguió la libertad del cuerpo y del alma.

Ante Godoy tenemos siempre un problema pendiente, ¿por qué escribe en francés? Sus críticos dicen que se debe a la mayor belleza de la lengua francesa sobre la nuestra; eso está bien que lo digan los de por aquí, pero marca buen desacuerdo con nosotros los que usamos la lengua en que Cervantes escribió su Hidalgo y Escudero. Más bien creo que el caso de Godoy se debe a un fenómeno natural y que es algo así como si nos preguntáramos: ¿pero por qué corre este río por aquí? Pues simplemente porque por allí le dió la gana coger, y como en el caso de Godoy, el río en los remansos, refleja bellos árboles de las riberas en su agobio francés.

En Godoy tenemos algo que es fundamental, es nacido poeta, y como deseara Kipling, nunca apar-

El poeta Armando Godoy

(Envío del autor)



Armando Godoy

tó del derrotero principal su mano derecha, dejando a la izquierda los otros cuidados.

Godoy, no obstante ser poeta de Francia, no ha perdido su sabor tropical; es algo así como el Vichy

Max Jiménez

Paris, 1929.

que destapáramos en Cuba; Godoy aquí en París, aun guarda en sus venas jugo de la caña de azúcar que crece allá en la dulce Isla.

Godoy cuenta con las malquerencias de todo el que se eleva; probablemente los hispano-americanos no le perdonan el que haya prescindido de ellos; dado que tantos honores le tributa Francia, bien floja debe irle la camisa de América. No ha bastado para contrarrestar el pecado de su gloria la generosidad de que es dueño, ni su bondad para con los muchachos que apenas muestran los primeros retoños.

Hay una cosa que le debe y deberá siempre América, y es la de poner en «galo» lo que tan maravillosamente dijeron Martí y José Asunción Silva; enseña a Francia que no solamente le quitamos sino que en la lírica, tenemos condiciones para darle, y esto es en verdad muy halagüeño.

Me dirá el lector que por qué no me ocupo de las obras de Godoy, es decir de su pedestal; pues bien, no he de hacerlo, porque son sus obras las que me hacen hablar de él; leed sus producciones y veréis todo lo que merece el árbol que da esos frutos.

Armando Godoy escribiendo en francés le hace un señalado servicio al castellano.

El paraje era severo, de adusta severidad. En el término del horizonte, bajo el cielo inflamado por nubes rojas, fundidas por los últimos rayos del sol, se extendía la cadena de montañas de la sierra, como una muralla azulado plomiza, coronada en la cumbre por ingentes pedruscos y veteada más abajo por blancas estrías de nieve.

El pastor y su nieto apacentaban su rebaño de cabras en el monte, en la sima del alto de las Pedrizas, donde se yergue como gigante centinela de granito, el pico de la Corneja.

El pastor llevaba anguarina de paño amarillento sobre los hombros, zajonas de cuero en las rodillas, una montera de piel de cabra en la cabeza, y en la mano negruzca, como la garra de un águila, sostenía un cayado blanco de espino silvestre. Era hombre tosco y primitivo; sus metillas, rugosas como la corteza de una

vieja encina, estaban en parte cubiertas por la barba naciente no afeitada en varios días, blanquecina y sucia.

El zagal, rubicundo y pecoso, correteaba seguido del mastín, hacía zumbir la honda trazando círculos vertiginosos por encima de su cabeza y contestaba alegre a las voces lejanas de los pastores y de los vaqueros, con un grito estridente, como un relincho, terminando en una nota clara, larga, argentina, carcajada burlona, repetida varias veces por el eco de las montañas.

El pastor y su nieto veían desde la cumbre del monte laderas y colinas sin árboles, prados yermos, con manchas negras, redondas de los matorrales de retama y macizos violetas y morados de los tomillos y de los cantuesos en flor...

En la hondonada del monte, jun-

to al lecho de una torrentera llena de hojas secas, crecían arbolillos de follaje verde negruzco y matas de brezo, de carrascas y de roble bajo.

Comenzaba a anoecer, corría ligera brisa; el sol iba ocultándose tras de las crestas de la montaña; sierpes y dragones rojizos nadaban por los mares de azul nacarado del cielo, y al retirarse el sol, las nubes blanqueaban y perdían sus colores, y las sierpes y los dragones se convertían en inmensos cocodrilos y gigantes cetáceos. Los montes se arrugaban ante la vista, y los valles y las hondonadas parecían ensancharse y agrandarse a la luz tibia del crepúsculo.

Se oía a lo lejos el ruido de los cencerros de las vacas, que pasaban por la cañada, y el ladrido de los perros, el ulular del aire;

y todos estos rumores, unidos a los murmullos indefinibles del campo, resonaban en la inmensa desolación del paraje como voces misteriosas nacidas de la soledad y del silencio.

—Volvamos, muchacho—dijo el pastor—. El sol se esconde.

El zagal corrió presuroso de un lado a otro, agitó sus brazos, enarboló su cayado, golpeo el suelo, dió gritos y arrojó piedras, hasta que fué reuniendo las cabras en una rinconada del monte. El viejo las puso en orden; un macho cabrío, con un gran cencerro en el cuello, se adelantó como guía, y el rebaño comenzó a bajar hacia el llano. Al destacarse el tropel de cabras sobre la hierba, parecía oleada negruzca, surcando un mar verdoso. Resonaba igual, acompañado, el alegre campanileo de las esquilas.

—¿Has visto, zagal, si el macho cabrío de la tía Remedios va en el rebaño?—preguntó el pastor.

La sima